

go del sultán; el sultán quiere conservar nuestro cariño; el sultán está frenético de coraje y corre contra las kabilas... Pero el sultán, que ha tardado mes y medio en dar señales de vida, ahora estará, de seguro, otro mes y medio representando el papel de que hace alguna cosa, sin que sepa nadie á qué atenerse tampoco.

Con estas noticias coincide la suspensión de hostilidades de los moros; se achaca por unos á carencia de municiones; por los más, á la muerte de Alí el Moreno y otros morazos de influencia que los mantenían en su coraje contra los españoles: en conclusión, esto aumenta la alegría de los ministros, porque lo achacan al temor que los produce la próxima llegada del sultán. Y así es; el buen hombre debe estar muy próximo; las kabilas deben estar ya muy asustadas, y la nota del sultán, que se conceptuó como un gran éxito, debió ser sin duda muy satisfactoria, porque el general Macías pide muchísimo material y refuerzos; los fuertes todos y las embarcaciones españolas cañonean sin parar al enemigo, y el ministro de la Guerra se apresura á mandar soldados, hasta el punto de haber salido de Barcelona en un día solamente más de dos mil hombres. ¡Gran Dios!.. ¿Qué hubiera ocurrido, caso de no ser satisfactoria la respuesta del sultán?.. Adelante: no es una crítica esta, es una crónica: la hora del *inicio* no llegó aún; pero sin uno querer, se deslizan al volar de la pluma pequeños comentarios que saltan del corazón como gotas de sangre.

Se tienen noticias de que los moros están tranqui-

los; inmediatamente se sabe que no lo están; de pronto que piden una tregua, que se la da Macías de venticuatro horas para que cesen de una vez en sus hostilidades, que se cumple el plazo, y que los

recibiéndose noticias sin tregua, de aquí, de allí, de todas partes, que se desmienten todas en el mismo día y en el mismo periódico que las da.

Resumen: la situación es la siguiente: el sultán re-

moros que *ansían* la paz como la salvación, ni contestan siquiera; que da principio el cañoneo otra vez, y que debe correr prisa; que en el interior del Rif se *proclama la guerra* y que los moros dicen que *no quieren más batallas*, porque sus trigos no florecen; que el sultán viene á Melilla, pero que no viene el sultán, que viene un hijo suyo; que no viene un hijo suyo, pero que manda caballería mora; esta caballería no es caballería, se desmiente por completo; son cien emisarios que manda el sultán á las kabilas para pedirles por favor que cesen en sus hostilidades contra los españoles. A seguida se sabe que el sultán sigue en Tafite... Se habla de contrabandos, de angustias, de bajezas; se habla también de otra victoria obtenida por España sobre los rifeños; pero la opinión duda y nadie se entusiasma, por temor de que no vaya á ser como aquella en que el campo español quedó limpio de moros, y por esa incertidumbre y malestar que producen noticias tan contradictorias; pues á la par que se sabe que no se dispara un solo tiro, y que los moros están pacíficos y con nadie se meten, se sabe también que disparan una descarga contra Macías, salvándose el general por milagro, y que no cesa el cañoneo sobre el enemigo. El gobierno calla y hace mal; la prensa diciéndolo todo, lo que es y lo que no es, hace peor, y continúan



DON MANUEL ORTEGA SÁNCHEZ MUÑOZ, jefe de la primera brigada del segundo cuerpo de ejército de operaciones en Melilla (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)



VISTA DE MELILLA DESDE EL FUERTE DE SAN LORENZO Y DEL FUERTE VICTORIA GRANDE (de una fotografía)